

A solas contigo

Un ensayo por Jorge Orlando Melo

La peculiar construcción de ciudad que en Medellín ha hecho su gente y la prueba de fuego a la que la sometimos todos a ella

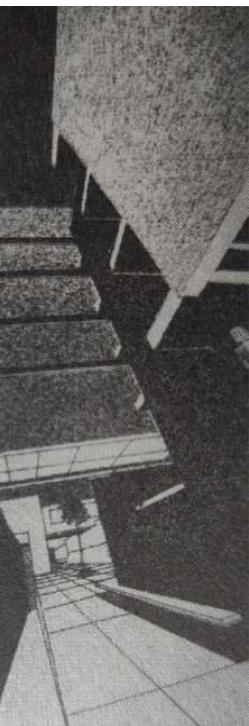
Durante la década de 1980 la representación mental evocada por el nombre de Medellín fue modificándose en forma dramática como resultado de los fenómenos ligados al narcotráfico. Para los colombianos y antioqueños, la ciudad sugería antes connotaciones usualmente positivas: era una ciudad muy bien administrada por una élite empresarial y política llena de espíritu cívico, con excelentes sistemas de empresas públicas, una ciudad bella y limpia, con una ética exigente de trabajo individual, con una mentalidad que combinaba un afán insaciable de progreso y riqueza materiales con el control ético derivado de una fuerte presencia religiosa, con unas estructuras familiares sólidas y con autoridad paternal vigorosa, con unos valores que daban primacía al esfuerzo individual y al trabajo sobre las tradiciones aristocratizantes. Era, además, el paradigma de desarrollo industrial y en cierto sentido el modelo de manejo de las relaciones obrero-patronales.



Esta imagen ocultaba contradicciones más serias, y las señales de fracturas y deterioro venían creciendo aceleradamente desde mediados de siglo, pero era sin duda lo que usualmente se evocaba al pensar en Medellín, y no es una simple reconstrucción nostálgica del pasado: un artículo publicado en 1947 en *Selecciones del Reader's Digest* muestra al viajero incauto que salía convencido de esto al dejar a Medellín después de dos semanas de visita.

Para 1990 Medellín era la capital mundial del narcotráfico, la ciudad más violenta del mundo, y una ciudad donde los problemas de desarrollo urbano habían explotado en la forma más feroz. La más alta tasa de desempleo en el país, la concentración del ingreso urbano peor, barrios surgidos de invasiones sin espacio público ni servicios sociales básicos, una

ciudad escindida en dos, sin que la vieja ciudad, la del orden y el progreso, hubiera advertido el crecimiento canceroso de las llamadas *comunas*. Un



sistema político en crisis, con una baja participación popular en la elección de los gobernantes, y una sociedad en la que todos los mecanismos de control ético tradicional parecían haberse quebrado casi simultáneamente. La indiferencia ante el delito, aún el más grave, la aceptación, como figuras paradigmáticas de éxito, de mafiosos y pistoleros, una juventud descrita como entregada al dinero fácil y a la emoción de la violencia, una burguesía industrial incapaz de mantener el ritmo de crecimiento económico y a punto de perder el control sobre su propio territorio, asediado por el narcotráfico; una dirigencia política reconocida como corrupta y clientelista.

Hoy, cuatro años después (el texto fue escrito en octubre de 1995), este péndulo que oscila tan violentamente parece haberse devuelto parcialmente: otra vez los medellinenses creen que su ciudad va para adelante, que los problemas se resolverán, y se han reconstruido, así sea en forma inicial, muchos de los elementos de control de la ciudad. La sensación es que el

narco ha perdido el control de la delincuencia; que otra vez las empresas públicas y la administración municipal son modelos de eficiencia y dedicación cívica; que los empresarios locales lograron frenar la invasión de dineros del narco y que han construido el mayor imperio industrial y financiero del país, han vuelto a considerar esencial un compromiso con el desarrollo social amplio de la ciudad; que los pobladores de los barrios han reasumido su voluntad de trabajo cívico conjunto.

Subsisten elementos de crisis. Quizás, en el campo de la política, lo más sorprendente es la disociación radical en la mente de los ciudadanos entre una mirada positiva a la gestión pública (los alcaldes, desde 1990, han obtenido consistentemente niveles de aceptación de su gestión que han oscilado entre el 70 y el 95%) y una continua desconfianza en la gestión de los políticos: la participación en la elección del alcalde nunca ha superado el 25% de los electores potenciales.

La experiencia de Medellín la convierte en un obvio laboratorio de análisis social, político y ético.

En pocos sitios se han concentrado en tiempo tan breve transformaciones tan radicales y cambios tan bruscos: de ciudad pacífica a una ciudad en la que mueren en un año asesinadas más personas que en toda Europa occidental; de paradigma del trabajo honesto y de una élite puritana a centro del consumo conspicuo; de ciudad conservadora moralmente, controlada por la iglesia a una ruptura casi completa de los discursos éticos; de una democracia patricia y elitista a la crisis de todo vínculo político democrático. Y en pocos años, ha retomado lo que parece un esbozo de estrategia social de superación de los problemas más dramáticos, con un alto grado de participación ciudadana, en un contexto de transformación de los discursos políticos y de las redes de acción social cívico-políticas relativamente novedosos.

Los lugares comunes del debate público han cambiado paralelamente: de los años del progreso, la religión, el trabajo y la cooperación social a los años del conflicto, la reivindicación, la queja por la corrupción y su aceptación; el disfrute inmediato de una vida que no dura. Y luego el paso a los lugares comunes de hoy: la participación ciudadana, la cultura de la convivencia, la importancia del barrio y sus redes locales, los derechos humanos, la defensa de la vida, la formación de ciudadanos.

Este texto pretende ofrecer una visión sintética de la encrucijada reciente, esbozar elementos que parecen configurar una trama diferente de la acción política urbana. Inevitablemente superficial y poco sistemático pero confío en que ayude a desarrollar una reflexión más sólida e integral sobre los problemas de nuestros ámbitos urbanos. Medellín ha sido una ciudad amada y atacada por sus habitantes. Durante el siglo 19, cuando era apenas una aldea, y los intelectuales vieron con horror el parroquialismo, la estrechez de miras, la concentración de sus dirigentes en un único objetivo: hacer plata. Entre las descripciones de los viajeros de 1850 y 1860, se destaca un lugar común: en Medellín el dinero es la fuente principal de prestigio y la meta principal de la actividad. El afán de lucro estaba en alguna medida moderado por la fuerza de cierta moralidad tradicional, por el peso de fuertes estructuras familiares, y por una iglesia poderosa, al menos desde mediados del siglo 19.



A finales de ese siglo todavía los comentaristas se quejan del materialismo de los medellinenses, pero encuentran razones de optimismo: sienten que Medellín se va transformando, que al lado de su progreso material hay señales de progreso espiritual, de reconocimiento de la importancia de la cultura.



Entre 1880 y 1910 Medellín se transforma aceleradamente; dos impulsos se suman y contraponen: el afán de progreso económico, orientado hacia el comercio y la industria y una cierta vanidad cultural y literaria. A finales de siglo Medellín tenía unos 40.000 habitantes: apenas una aldea. Pero en este pueblo se formaban grupos musicales, se acogía con interés a los grupos visitantes de ópera y zarzuela, se representaban obras dramáticas en el Teatro Bolívar y se publicaban varias revistas literarias. Tres o cuatro narradores de importancia, y 15 o 20 menos conocidos, presentaban sus obras al público: Tomás Carrasquilla; Camilo Botero Guerra, Francisco de Paula Rendón, Eduardo Zuleta, Arturo Castro y Efe Gómez; al mismo tiempo eran leídos poetas como Epifanio Mejía o el muy joven Barba Jacob y críticos como Saturnino Restrepo

o Baldomero Sanín Cano. Los dos mundos, el mundo de los negocios y el de los creadores, se mezclaban, amistosa o irónicamente. Pedro Nel Ospina o Carlos E. Restrepo no eran los únicos que combinaban la profesión, los negocios, las ganas de ser presidentes y las letras. Las librerías del negro Cano, de Carlos A. Molina, de Carlos E., eran sitios de tertulia donde se desplegaban erudición y orgullo intelectual. La doble vocación de la ciudad se esgrime para reivindicar la ciudad: Medellín es una ciudad culta, Medellín es la capital comercial e industrial de Colombia.

Desde entonces, se han contrapuesto la reivindicación de su vigor empresarial y hasta usurero y una ambigua relación con lo que no dé plata. Muchos empresarios y profesionales participaron en el mundo de la cultura, aunque con frecuencia los escritores se quejaban de la incomprensión de un medio de prestamistas y capitalistas. León de Greiff se burla de la “inopia de los cerebros” en 1915, y Fernando González ataca con ferocidad durante veinte años los negocios de Ospinas y Echavarrías.

Pero una corriente creadora, a veces complaciente y a veces crítica, se mantiene, y a ella se suman los pintores, entre los que tampoco están ausentes los críticos sociales o los irónicos evocadores del provincianismo, como Pedro Nel Gómez, Débora Arango o más recientemente, Fernando Botero. Del mismo modo, la novela mantiene su vigor y continuidad: Manuel Mejía Vallejo reanuda, tras cierto hiato durante los años 30 y 40, la producción literaria local de importancia, que se prolonga en Gonzalo Arango, en Tomás González y encuentra una feroz culminación en Fernando Vallejo y su Virgen de los sicarios.

Desde fines de siglo 19 y durante la primera mitad del 20, se consolida un optimismo cívico, provinciano pero progresista. Entre 1900 y 1960 crece la ciudad, su población se multiplica por 12 veces, acompañada de una rápida modernización de la infraestructura. Entre 1880 y 1910 la ciudad entra en el mundo del teléfono, la energía eléctrica, los acueductos, los automóviles, las calles asfaltadas. Cierta grado de planeación se logra imponer, de manera que aunque nunca se sabe muy bien para dónde se va, la ciudad controla más o menos sus problemas. Los barrios obreros iniciales son relativamente dignos: Aranjuez, Manrique, Colón. La ciudad es relativamente reacia al verde, que se deja para las fincas: Prado, las áreas entre La Catedral y Boston, urbanizados entre 1920 y 1940, en el momento de auge industrial y de enriquecimiento burgués, son extrañamente avaros de espacios públicos y verde, al que se van a buscar los fines de semana en las fincas de los ricos o las mangas del río. De este modo, mientras los ricos mantienen su vínculo semanal con el pasado rural, poco a poco los sectores populares van rompiendo violentamente su lazo con el campo.

Son años de satisfacción y orgullo: para todos, el Medellín de los años 30 y 40 era el paraíso terrenal, la ciudad de la eterna primavera, el mejor clima del mundo, la tacita de plata, lugar de la limpieza y la convivencia, escenario de varias de las maravillas del mundo.

Vista esta época desde tragedias posteriores, es forzosa la nostalgia. En 1914 Jorge Rodríguez, una especie de DANE individual de la época, se lamenta: ese año se produjeron seis homicidios, dos más que el anterior: una tendencia preocupante (para los 80.000 habitantes: es como si en 1994 viviéramos el





horror de tener, en todo el año, unos 120 o 130 homicidios). Entre 1910 y 1945 la vida en la ciudad era tranquila y relativamente pacífica. Poco a poco va surgiendo la pobreza; con el crecimiento acelerado de la población y la aparición de formas de comercio e industria más opresivas y con la dificultad para encontrar un alojamiento o adquirir un lote; ciertas zonas de la ciudad reunían ya ejemplos de miseria y deterioro sobre todo en las zonas de prostitución, con sus borrachos y sus mendigos.

La pobreza y la violencia que han despedazado a Medellín entre 1950 y 1990 no son heredadas del pasado, cuando la pobreza era otra cosa mucho más vivible. A ambas las hicimos los habitantes de Medellín, con las decisiones y las formas de “progreso” que escogimos, con los valores que se promovieron como representativos de nuestra cultura y nuestra ciudad, con la negligencia que impidió enfrentar desde mediados de siglo problemas que empezaban a crecer desafortadamente.

También la delincuencia reciente es el resultado de procesos relativamente previsibles, aunque uno no sabe si evitables: desde los años 60 empezaron a surgir los indicios del desarrollo urbano de Medellín que empezaba a trabarse estrechamente con el surgimiento de grandes bandas delincuenciales, con el secuestro y un poco después, con un tráfico de drogas que, en el contexto de una rápida transformación de valores, se vio al comienzo más con curiosidad y hasta con simpatía que con temor y rechazo.

Lo mismo pasa con otros elementos de la vida urbana: problemas del tráfico, dificultades para transportarse, los costos, la suciedad y la basura, la contaminación, la destrucción de las quebradas y del río, el descontrol de la urbanización de las zonas del norte, la invasión del espacio público, todo eso es lo que los habitantes de la ciudad hemos hecho con ella en este siglo. Siempre en nombre del progreso, y siempre luchando, sincera y honestamente, por resolver algunos de los problemas, pero de una manera que crea otros más grandes: sin tener una visión integral y sistemática de para dónde va la ciudad y qué podía hacerse para evitar que los cambios producidos por el desarrollo económico destruyeran elementos de convivencia y de calidad de vida en la ciudad.

La planeación urbana, adoptada temprano, se concentró en controlar la disposición de las nuevas calles en las zonas menos periféricas y a manejar un plan vial básico. Desde los años heroicos de un Ricardo Olano, cuando había algo de imagen integral de la ciudad, hasta mediados de siglo, cuando se esbozó el Plan Integral, no hizo sino perder gradualmente control de lo que realmente pasaba en la ciudad.

En este proceso, de progreso y creación de miseria, de avance y tensión, los habitantes de Medellín han desarrollado al mismo tiempo, como los del siglo pasado, orgullo y horror por la ciudad. Metrallín y Mierdellín son términos que oímos todos los días, pero al mismo tiempo casi todos los habitantes de la ciudad sienten que están en el mejor de los mundos posibles, que la ciudad sigue siendo bella y atractiva, y que la gente, mientras no le pegue a uno un tiro o lo atraque, es la única con la cual uno se siente a gusto. Adoramos a nuestros prójimos, quizás por cordiales, por buenos compañeros de parranda, por un lenguaje hiperbólico y humorístico que nos gusta, por la facilidad para crear una solidaridad superficial, porque sabemos con quién contamos, por su seriedad y voluntad para trabajar. Les tenemos miedo y muchas veces los odiamos, por agresivos, por vivir siempre al borde del conflicto, porque no se dejan y uno tampoco se deja: pero también en esto encontramos las virtudes de la no sumisión, de la dignidad, de no dejarse humillar ni agachar la cabeza.

Hoy es tal vez más difícil hacer compatibles nuestras percepciones de la ciudad y la vida que llevamos en ella. Un ejemplo: estamos orgullosos de su limpieza, y si comparamos con otras ciudades del país, quizás somos algo menos antisociales en este campo. Pero de todos modos, no es sino ver el contraste entre la limpieza de las casas y la conducta en la calle, para ver que la actitud social en beneficio común no pesa mucho. En casi todo, la regla cívica de los últimos años es, en última instancia, la de hacer lo que me sirva a mí y a mi familia, aunque perjudique a los demás.

En este campo, como en todos los intercambios sociales, la conducta agresiva se vuelve contra uno: en el tránsito, en la violencia, en el respeto a las normas urbanas, el preocuparse solamente por lo que beneficia a cada





uno acaba enredando la vida de todos, y la defensa del interés individual lo único que produce es el daño a los intereses individuales de muchos.

Así, hay cosas que se nos han destruido casi del todo: no tenemos un sistema de policía ni de justicia, ni siquiera en el sentido más primitivo del término. Nadie deja de cometer un delito por temor a la policía o a la justicia: si acaso por temor a la venganza, o en la mayoría de las personas, porque todavía tienen resistencia personal a cometer delitos serios, porque muchos, aunque ya no tengan un argumento moral explícito, siguen teniendo una moralidad real, al menos en materia grave. Casi nadie, eso sí, deja de violar las reglas menores, si ve que le conviene personalmente o en el corto plazo; muy pocos sienten que no deben evadir impuestos, o comprar contrabando, que deben colaborar con la justicia; no salir de un embrollo entregando unos pesos, ni pasarse un semáforo en rojo, ni echar basuras en una calle: en todas estas cosas no existe un respeto o una ética cívica, simplemente funciona el temor a la policía o la justicia, pero más que a un castigo legal, es a quedar empapelado o a tener que entregar un soborno.

En términos sociales, por supuesto, hay fenómenos que no pueden analizarse con ligereza, y que debo sugerir, para evitar dar una impresión unilateral. El cumplimiento de las normas que se daba hasta los años 50 refleja también formas de sumisión y opresión. Una minoría manejaba la ciudad, con una mezcla de espíritu cívico y voluntad de riqueza personal, de difícil equilibrio. Era algo inevitable: la ciudad nunca tuvo movimientos cívicos importantes independientes de los intereses de los urbanizadores y los promotores de la destrucción-construcción continua de la ciudad, con excepción quizás de algunos momentos notables de la Sociedad de Mejoras Públicas.

Ese manejo se reforzaba con una fuerza religiosa que mezclaba una gran capacidad coercitiva y cierto formalismo: lo que interesaba era ante todo que los pobres obedecieran la moral. Pero también en este caso, lo perdido parece a primera vista mejor que lo logrado: así fuera por temor ingenuo al infierno o a dar mal ejemplo al pueblo, las personas hacían el mal mucho menos que ahora. Lo que ocurre es que, en una perspectiva histórica, estas formas de mantener el orden social son siempre frágiles, y

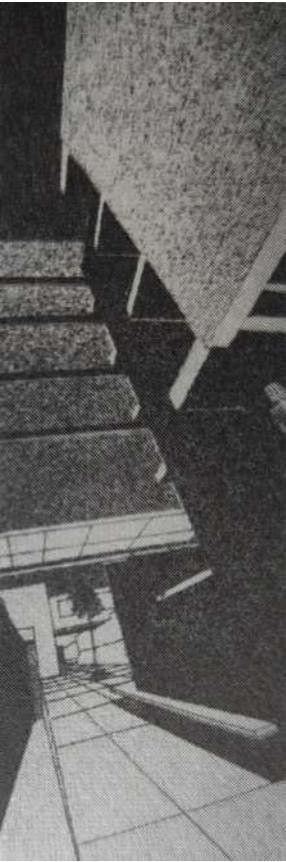
eso lo mostró cruelmente la historia de Medellín de los últimos treinta años.

Todo ese progreso ambiguo de Medellín, su desarrollo cultural y de valores, abrió el camino para la crisis de los años 60 y 70: allí se rompieron, como lo han mostrado nuestros analistas locales, todas las barreras. La iglesia perdió el poder de regular la conducta frente a las masas de inmigrantes que no podían seguir aceptando la prédica de resignación frente a la miseria que daba la vida en la ciudad. La familia patriarcal, sostenible en simbiosis con el campo, se quebró aceleradamente frente a las tensiones del desempleo, la miseria y el hacinamiento; el manejo paternalista del conflicto social, en el que se asociaron hasta mediados de los años 60 la curia y los empresarios, cedió a un nuevo lenguaje de confrontación clasista y lleno de retórica revolucionaria y a veces violenta.

La antigua ética se reventó, y se desataron desordenadamente los valores de los que pudimos enorgullecernos mientras no se afirmaron con la independencia loca de los años 70: la audacia y el afán de fortuna, que tocaron todas nuestras clases sociales, hicieron de Medellín el mejor semillero del narcotráfico, de la aventura, del secuestro. No ignoro que en todas estas actividades extremas no se mete sino una pequeña minoría de la población. Incluso en una ciudad donde han asesinado a 60.000 personas en 20 años, los asesinos son unos pocos, unos cuantos miles de personas, si uno pudiera decir esto tranquilamente. Pero es que ninguna ciudad, ninguna sociedad debe tener asesinos, y cuando tiene unas cuantas decenas es preocupante, y si tiene centenares algo muy grave tiene que estar ocurriendo: pero en Medellín, repito, son unos cuantos miles, y unos cuantos miles los secuestradores y los que hacen uso de la violencia.

Así como no todos somos autores directos de la violencia y el delito, no todos somos víctimas directas, y es posible vivir en una ciudad sitiada como si los peligros fueran muy pocos. Es cierto que de tarde en tarde nos toca la violencia: un amigo, un familiar, una figura pública cae bajo las balas, y nos conmueve.





Pero tenemos que vivir, y una manera de hacerlo es minimizar la gravedad del problema: cuántos de nuestros conciudadanos nos repiten todavía que eso pasa en todas partes, que tan peligroso como Medellín es Nueva York o Río, que en cualquier parte lo pueden atracar a uno. La comprobación estadística de que los riesgos son mucho más altos en Medellín que en Nueva York, Río o Irlanda del Norte, no afecta este mecanismo de defensa psicológica, y esto tiene algo de positivo, pues no nos deja caer en la desesperación.

Pero no es tan positivo si nos permite evitar analizar los problemas en su magnitud real y tomar decisiones con energía. Todavía uno tiene la sensación de que muchos de los habitantes de Medellín consideran que el problema de violencia y convivencia no es suficientemente serio para que sea indispensable hacer esfuerzos radicales, sacrificar otras metas o destinar recursos a fondo para resolverlo.

Segunda parte

Es difícil establecer la conexión entre la conducta de los ciudadanos que no actúan ilegalmente, que no cometen crímenes y la crisis de la ciudad. A quien no mata ni roba, convencerlo de que esto no es suficiente, es difícil, puesto que si todos actuaran así, el problema se resolvería. Pero las condiciones que hacen que una minoría importante vea en el delito y la violencia una estrategia válida y eficaz, no se alterarán porque la mayoría no cometa ningún delito, y no es mucho lo que logramos limitándonos a exhibir nuestra inocencia. Dados los problemas de Medellín, la magnitud del deterioro en estos campos, sólo una estrategia radical e integral que cambie las condiciones de existencia de los sectores de riesgo, y que altere el contexto social del delito y la violencia, tiene esperanzas de producir algún resultado.

No es fácil lograr un verdadero consenso en estos temas. Se logra fácil en declaraciones vacuas y algo retóricas: “tenemos que lograr la convivencia; si educamos a los jóvenes en el respeto a los otros superare-

mos la violencia; si eliminamos la corrupción de la policía o la ineficiencia de la justicia...”

Lo que no se sabe es cómo lograr esa paz, ese cambio de valores en los jóvenes, cómo cambiar la formación moral de los ciudadanos, cómo recuperar el respeto por la vida, cómo evitar la corrupción en la fuerza pública o lograr eficacia en las investigaciones judiciales. No tenemos estrategias operativas, proyectos integrales con acciones concretas bien diseñadas que orienten una acción continua y evaluable. La violencia no puede aislarse de otros problemas urbanos: es un problema de orden y justicia, pero también de oportunidades sociales y de equidad e integración de toda la población en una ciudad que satisfaga razonablemente las expectativas de vida de la población.

Dada la magnitud de los problemas de esta ciudad y los efectos de deterioro en la conducta de sectores muy amplios de la población, no me parece viable ningún enfoque parcial. Cuando una sociedad equilibrada es amenazada por un grupo intruso concreto que rompe sus reglas, es posible que una simple acción policial o judicial sea suficiente para restablecer el orden. Cuando una crisis económica afecta temporalmente una sociedad razonable, educada en sus valores y preferencias, un programa sectorial permitirá tal vez salir de la encrucijada. Pero en el caso de Medellín, se han trabado problemas de calidad de vida urbana, amenazas a los derechos a la vida y a la propiedad, crecimiento monstruoso de grupos profesionales de la delincuencia, cambios culturales que han convertido la violencia en aceptable acción personal y situaciones económicas de miseria y marginamiento.

Un modelo simplista de la situación de Medellín, para tratar de hacer expresas algunas relaciones entre sus problemas, podría exponerse así:

- La ciudad ha logrado un nivel muy bueno de cobertura de servicios básicos. La carencia de servicios domiciliarios no es elemento esencial de baja calidad de vida en la ciudad. Esto constituye un importante elemento favorable en la situación de Medellín. Tampoco es especialmente crítico el problema de la red vial urbana; también en este campo las administraciones municipales recientes han sido muy eficientes y el Metro, con independencia de otros impactos negativos que pueda tener, constituye



hoy un importante activo de la ciudad, en términos de mantener los mecanismos de desplazamiento dentro de márgenes tolerables de tiempo y comodidad para las personas, y dar una pausa en el proceso de congestión vehicular y ambiental.

Verdaderas limitaciones a la calidad de vida de las personas son:

- Los grupos más pobres presentan condiciones de vivienda y de hacinamiento muy fuertes, aunque comparativamente inferiores a las de otras ciudades. El problema de los inquilinatos no es muy extenso pero es significativo. En algunos barrios, la ciudad hace experimentos interesantes para transformar la vivienda y el entorno que, aunque creados entre dificultades y limitaciones en áreas de riesgo pero viables, son una buena alternativa a la solución tradicional de reubicar a los pobladores marginales.

- Lo más grave parece ser la generación de tensiones y formas de convivencia marcadas por el conflicto en viviendas con espacios muy restringidos, tanto privados como públicos, que no permiten unos niveles mínimos de vida digna: casas donde los jóvenes no pueden permanecer porque no hay dónde estudiar sin invadir a los demás, donde un radio pone en conflicto a unos con otros, donde no cabe una mata.

- Para la mitad de la población, las oportunidades que los jóvenes tienen de incorporarse exitosamente a la sociedad son muy limitadas, dadas las carencias educativas y de empleo de la ciudad. Una proporción inaceptable de jóvenes no termina la primaria, y es aún mayor la que no concluye secundaria. Dada la exigencia de calificación que hoy existe para casi cualquier empleo, esto genera una barrera permanente y de largo plazo a una vida normal, y desvía grupos muy numerosos hacia formas de rebusque y aventura que abren el camino a la ilegalidad y la acción contra los demás. La ausencia de posibilidades educativas está estrechamente ligada con el problema del empleo: Medellín sigue teniendo la tasa de desempleo más alta del país.

- Una verdadera calidad de vida urbana requiere recobrar la seguridad. Supone una recuperación a fondo de la función de la policía; un mejoramiento de la eficacia del sistema judicial; una transformación gradual de los valores ciudadanos para hacer aceptable la cooperación con



la justicia –hoy todavía consideramos sapo a quien ayuda a las autoridades–, un cambio en las formas de convivencia que reduzca las oportunidades y experiencias de violencia.

- El problema de policía y de justicia no puede verse como un simple problema de conseguir mayores recursos que permitan una acción más amplia y firme: es de valores, de recuperación de legitimidad y confianza de la comunidad, un cambio en las actitudes hacia los ciudadanos y de mecanismos de control interno más eficientes.

- La calidad de vida urbana incluye el disfrute de un ambiente urbano agradable y de oportunidades adecuadas para el uso de un equipamiento cultural, recreativo y deportivo. En muchos barrios de la ciudad esto ha decaído mucho, a consecuencia de la violencia y el temor, y por el cierre de alternativas culturales locales. Hoy la gente se encierra a ver televisión, o sale a tomar trago.

- Más alternativas: mejores parques y zonas verdes, áreas de recreación pública campestre, parques, bibliotecas, teatros de barrio, actividades musicales y teatrales, son parte de lo que falta en la ciudad; estos factores en apariencia secundarios hacen parte de los intangibles que cambian en parte la actitud de las personas. Que disminuyan factores de conflicto e irritación es importante: sitios de parqueo, vías para bicicletas, equipamiento callejero, baños públicos limpios, aleros en las calles y paraderos de buses cubiertos.

- En las sociedades modernas, no existe ciudadanía sin participación. Venimos en Colombia de una tradición política en la que la participación de los ciudadanos en el manejo de la vida pública es limitada. Antes, el gesto participativo se concentraba en un momento ritual: la elección del presidente y del legislativo, cada cuatro años. Los elegidos decidían luego por todos.

- El esquema institucional hoy permite una participación mayor. La elección de alcalde y de concejales es más importante, pues manejan ahora recursos y autonomías significativas. En Colombia el ritual electoral se deterioró: las personas desestimuladas por la imagen de corrupción de la política o atraídas por la retórica de las ventajas del cambio violento, dejaron de votar. Medellín es el caso más radical: de un millón de personas mayores de 18 años, nunca vota más de la cuarta parte. Los habitantes de



los barrios populares, de las zonas nororiental o noroccidental, en la práctica han delegado en otros grupos la elección de autoridades municipales, lo que no les impide quejarse luego de que no atienden sus demandas.

- La apatía, la idea de que uno no influye para nada, reduce la calidad de vida de las personas. Los mecanismos y posibilidades de participación real que da el ordenamiento actual son más grandes de lo que la gente cree. Un barrio que participe en las elecciones, en las condiciones actuales, puede con algún esfuerzo tener peso real en el concejo municipal y en la administración; un barrio que se organice y actúe unificadamente para lograr resolver sus problemas acaba forzando a las autoridades locales, con un poco de paciencia y persistencia, a enfrentarlos y apoyararlos.

- Es difícil romperle las barreras existentes a la participación electoral y política: la ciudad no tiene movimientos cívicos de alcance serio y duradero, no tiene partidos políticos reales que actúen con permanencia en formular alternativas para la ciudad y escojan a sus candidatos con base en su trabajo continuo. Los procesos de selección de candidatos para la alcaldía, como lo mostró la coyuntura electoral reciente (en 1995 Juan Gómez Martínez fue Alcalde de Medellín), tienen una lógica diferente a la participación: buscan figuras con algún atractivo, que se ven obligadas a definir un programa a última hora, que construyen su aparato electoral de trozos de los partidos, no de una real red política local con presencia continua en los barrios que haga la función de ordenar el debate y la búsqueda de soluciones sociales.

Algo cambió en los años recientes, sin embargo: un núcleo creciente de ciudadanos participa en los barrios en asuntos locales, en forma mucho más independiente y seria que antes. Organismos comunitarios, asociaciones de vecinos, grupos juveniles, las mismas juntas de acción comunal se han reactivado. En muchas zonas, algunos organismos no gubernamentales han servido de catalizadores del proceso. Sin embargo, no está consolidado. La ciudad y la administración municipal han ido generando espacios mayores de participación y discusión cívica: en los barrios anualmente; el plan de inversiones del municipio se debate; el concejo municipal busca formas de



El partido liberal no ha podido encontrar su caja negra

escuchar más de cerca las inquietudes de las comunas; el seminario Medellín: alternativas de futuro, reúne anualmente representantes de todos los sectores sociales, políticos y profesionales y constituye oportunidad de debate y participación alrededor de los problemas de Medellín. Muchos grupos sociales que se habían retirado de los asuntos cívicos ajenos a sus responsabilidades directas vuelven a preocuparse por ellos. Las universidades, los empresarios muestran un vínculo con los problemas urbanos, y una creciente voluntad de colaboración y generosidad.

Los movimientos sociales –movimientos femeninos, del medio ambiente, juveniles, de tercera edad, sindicales, cooperativos, organismos comunales– en estado incipiente, no tienen proyectos coherentes amplios, ni tienen, con excepciones, una dirigencia reconocida y experimentada que les permita proponer alternativas a la ciudad. Tras años de debilidad, parecen estar resurgiendo, pero con una gestión inmediateista aún y exitosa de algunas reivindicaciones frente al estado o de capacitación a sus propios activistas.

Encontrar una estrategia que lleve a una mayor participación, tanto cívica y comunitaria como política, apenas está comenzando. Una estrategia para enfrentar las dificultades vividas antes debe estar influida por una perspectiva clara de la ciudad que queremos. Medellín ha crecido y se ha desarrollado sin un proyecto de futuro.

En 1913 se formuló un plano del Medellín futuro. Un gesto visionario de algunos dirigentes cívicos que tuvo algún impacto real en ordenar algunos procesos de crecimiento y urbanización, pero no fue una visión integral de ciudad. Por ello, las regulaciones y normas derivadas de ese plan se limitaron a los puntos centrales de la urbanización de nuevos barrios. La ciudad no impuso normas mínimas exigentes en términos de equipamiento urbano de los barrios, de espacio público, de reservas verdes, de zonas deportivas, de instalaciones culturales, de arborización. Tampoco tuvo perspectiva de plazo mediano que le permitiera definir con anticipación el uso de la tierra, sectorizar la ciudad y hacer respetar las decisiones. Lo que se mantuvo medianamente controlado hasta 1950 se desordenó luego, justamente en el momento en que se adoptó un plano regulador, que raras veces fue más que una guía para la ejecución, inconexa y desordenada, de obras de mag-



nitud por el sistema de valorización.

Frente a la insistencia del proceso de modernización económica en quitar normas y regulaciones, hay que recordar que toda ciudad amable y exitosa del mundo ha sido muy planeada, que ciertos valores públicos han impuesto restricciones vigorosas al juego del mercado o de la inversión privada, por razones históricas, estéticas, urbanistas y de comodidad de todos.

Ni al más radical neoliberal europeo se le pasaría por la cabeza permitir que los inversionistas destruyeran un área histórica del centro de sus ciudades para ampliar las calles o hacer unos edificios altos. Sólo nosotros hemos aprendido a justificar el desorden, pero no en beneficio de la gente, sino con invocaciones abstractas al progreso, que de todas maneras se da, y se da mejor, si hay planeación urbana. En el mejor de los casos, las cosas seguirán ocurriendo según lo determinen las decisiones de inversión, de manejo de la tierra, de localización de la industria; la planeación urbana más vigorosa es apenas un leve freno a los efectos negativos que produce el mercado sobre el desarrollo de las ciudades.

Pensar qué Medellín queremos, formular algunas imágenes del Medellín futuro, de la ciudad de aquí a quince o veinte años, puede servir para dar coherencia mínima a lo que busquemos. Esta definición del Medellín futuro debe hacerse con un procedimiento que genere consenso social. Más que formular un acelerado plan de desarrollo es preferible que las autoridades municipales –concejo y administración– convengan con entidades gremiales y cívicas el desarrollo de propuestas, mediante participación, en las áreas donde es posible definir un modelo futuro: espacios públicos, áreas verdes, equipamiento cultural, educativo y deportivo, sistema de transporte público y masivo. De este modo, decisiones concretas de la administración comenzarán a inscribirse en una imagen definida de plazo mediano. No con objetivos aceptables pero difusos, como los de los planes “estratégicos” adoptados hasta ahora en muchas ciudades del país, que permiten luego que cualquier decisión concreta sea compatible con el “plan”.



En Medellín, la anterior administración formuló lineamientos generales de un eventual plan: con una mirada al Medellín futuro y con un proceso de participación amplio, sería viable un proceso de definición precisa de los objetivos de la ciudad y de las acciones concretas que hay que adoptar en perspectiva a largo plazo.

Medellín enfrenta hoy un problema que es al mismo tiempo una de sus mayores oportunidades: cómo abrir un verdadero espacio para la participación pacífica en la vida ciudadana de quienes conformaban las milicias populares. La lógica de acción y los discursos políticos y sociales de quienes hasta hace poco actuaban como defensores armados e ilegales de sus comunidades deben hacerse compatibles con el proceso de consolidación de una ciudadanía participativa, que asume activamente el manejo de problemas como la seguridad, pero que respeta un esquema institucional que reserva el uso de la fuerza para cuerpos legalmente autorizados.



Resulta a veces desafiante y utópico para comunidades en las que palabras como “la autoridad”, “la policía” equivalen al ejercicio de una violencia ilegal. No es difícil imaginar lo que puede significar, en violencia, en desespero, en bloqueo de nuevas posibilidades de reinserción de otros grupos, el fracaso de un proceso como el que está en marcha. Toda la ciudad debe pensar cómo puede colaborar para que la violencia contra los reinsertados frene, y para que la Cooperativa de Vigilancia se consolide, logre actuar dentro de un respeto de la comunidad y supere conflictos internos y

formas de acción que mantienen la lógica del desquite.

Si el desarme de las milicias y su conversión en organizaciones cívicas de seguridad funciona, (el hecho de que la violencia en la zona nororiental sea hoy más o menos la mitad de lo que era hace dos años muestra que puede funcionar) la ciudad habrá mostrado otra vez que tiene la habilidad, esencial ante una crisis como la vivida, de convertir problemas en fuente de soluciones imaginativas.

La ciudad deseada es una combinación de restauración y planeación: restauración de elementos que enlazan con el pasado, que recuerdan la infancia feliz, la vida de comunidad, con planeación que supere los problemas aparentemente insolubles.

En una ciudad como Medellín, la insistencia en lugares verdes parece concentrarse en algunos intelectuales y arquitectos. Las clases alta y media han dejado destruir los espacios verdes, o los ha metido entre muros. En El Poblado no hay un solo bosque público, a pesar de la bajísima densidad del sitio: 30 mil familias, que viven en el 20% del área de Medellín.

Medellín hace 60 u 80 años tenía vínculos con el campo. Los grupos de clase alta tenían finca, que si no era en Rionegro o en la zona cafetera, era en El Poblado. La gente del común mantenía nexos con el campo a través de lazos familiares, de visitas ocasionales a sus pueblos, de la recepción del familiar que venía a alguna vuelta.

El trasfondo rural de Medellín se manifiesta en la obsesión de los ricos por tener finca: no sólo ellos, sino los profesionales, los profesores de las universidades, etc. Todos han construido una ciudad que incluye, al menos los fines de semana, el descanso, el sitio de retiro. La ciudad no es, para estos sectores, solamente el edificio de apartamentos, con o sin área verde; su finca es Rionegro, San Jerónimo o La Pintada. Los grupos populares de los años 60 y 70 rompieron con el campo que no era el sitio donde había familiares para visitar, por venir a estar pendientes del éxito y del avance del joven en la ciudad, sino también el sitio de donde los habían echado, donde habían matado al marido o la hermana. No había regreso posible, y era un campo muy poco atractivo. Era gente con tradiciones y saberes rurales, que no encontraron manera de perpetuarse: la avaricia del espacio les impidió mantener siquiera la huerta casera. En algunas zonas de Medellín, en el trocito público alguna familia ha sembrado repollos y tomates; o en El Pedregal hay familias que usan el guandú —una leguminosa americana que sobrevive milagrosamente en parques de la zona— para hacer sopa.

Pero en general, la gente fue lanzada a una experiencia urbana cada vez con menos lazos con el pasado rural, sin preparación ni transición ni aprendizaje. A estos sectores se les quitó todo espacio verde, porque en el fondo a quienes planean la ciudad no tiene por qué importarles: ellos tienen fincas.

Mucho del campo que nos representamos es el de los que viven y hacen la plata en la ciudad: campo de fincas de recreo, que sólo parcialmente es



de campesinos: es más bien de industriales. La ciudad destruye, empobrece el campo de los campesinos a través de precios, de competencia por la tierra. La gente desempleada se va entonces a la ciudad, a formar esa nueva pobreza, que atribuimos a la pobreza rural, pero que es la que la ciudad forma con el campo.

Mucho del desarrollo de la ciudad depende de las decisiones de los inversionistas. Planear es contrarrestar en pequeña medida peores efectos del mercado. Casi toda inversión que acaban haciendo las ciudades es para que los trabajadores puedan ir al trabajo, pero sin alterar el negocio de los especuladores de tierras: no se hacen las casas cerca, sino en los sitios más remotos, y luego hacen inversiones carísimas para el transporte.

En la ciudad se rompe la comunicación personal. No nos importa que a un primo le pasó esto: lo fundamental es qué le pasó a Lady Di. El chisme se universaliza, y los sistemas de información no son más que una despersonalización del chisme. La gente no sabe más, pero sabe más de cosas que le interesan menos, pero lo entretienen. La vida en la ciudad se apoya en la comunicación: a través del periódico, el radio y la tv, y de la comunicación física, a través del bus, el metro, etc.

En la ciudad pequeña, en el campo, buena parte de lo que le pasa a uno depende de uno mismo, o de la naturaleza. En la ciudad las fuerzas se vuelven más impersonales. Uno ni siquiera alcanza a abrir un sendero por un parque: un burócrata se lo diseña anticipadamente. El consumo es

dirigido y trivial.

Es tan atractivo el esfuerzo por ampliar la anticipación para ver si es posible recobrar una sociedad en la cual tengamos la posibilidad de decidir en alguna medida lo que queremos, participar en la definición de unas metas y tomar decisiones concretas en la ejecución de lo que nos afecta en forma cercana. Supone redefinir el barrio, como lugar de sociabilidad entre conocidos y vecinos, donde todos nos reconocemos. Supone, en el mundo actual, una reintegración de lo social y lo político. Lograr que en escuelas, en colegios, hagan un verdadero ejercicio de apropiación del medio.

Que en cada colegio de Medellín se haga un estudio de su barrio, con sus docentes y estudiantes de los cursos superiores: una monografía exhaustiva

¿Usted también tiene la conciencia limpia?

donde quede reflejada la estructura de la población, la estructura física, los problemas, posibles soluciones, mecanismos de acción social y política, recursos legales para actuar. Más que para adquirir conocimientos, es para que los estudiantes y profesores adquieran un compromiso de participación y un vínculo de identidad con el sitio donde trabajan.

Es Medellín, una ciudad nueva (hace 60 años era apenas una décima parte de la de hoy) con poco pasado urbano y ha surgido una forma de nostalgia de aquella ciudad naciente. Obras literarias recuerdan con simpatía las barras de barrio, peleas a piedra con la barra vecina, tiendas, ventanas donde se vendían helados y se forraban hebillas, las bebas en Guayaquil. Frente a la violencia y la incertidumbre actual, la infancia y la adolescencia en Medellín, surgen como imagen de tranquilidad y se acentúan sus rasgos pintorescos. Una excelente construcción literaria en este sentido, que contrasta con el infierno posterior, es *El río del tiempo*, de Fernando Vallejo. Una ciudad en la que lo que uno hacía tenía importancia; uno tenía algo de actor y de autor, era reconocido por lo que hacía. Hasta los bobos Marañas y Cosiaca eran conocidos por todos. El rostro callejero era reconocible, vaga o precisamente, mientras que hoy es anónimo, y lo que uno hace parece carecer de toda importancia y reconocimiento.

JORGE ORLANDO MELO. Historiador. Fue Consejero Presidencial para Medellín, exdirector de la Biblioteca Luis Ángel Arango. Este texto lo expuso al dejar la Consejería en 1994.

Octubre y Noviembre de 1995